

**Pablo Zuppi**

**La ciudad  
de la furia**

granAldea EDITORES

# Capítulo 1

*“Me verás volar por la ciudad de la furia,  
donde nadie sabe de mí y yo soy parte de todos.”*

*En la Ciudad de la Furia, Gustavo Cerati.*

*Buenos Aires, diciembre de 1999*

Tarde de perros. Sobre las calles de una Buenos Aires cargada de almas vacías, el calor se adueñaba de la esperanza y la lluvia dibujaba pesadillas, como en la Biblia. Pero puertas adentro de la Iglesia de San Miguel, un edificio pequeño comparado con las torres que lo rodeaban en pleno centro porteño, el incienso y las velas impregnaban el aire con el perfume dulzón de los antiguos templos, ofreciendo algo más que paz y silencio.

Gabriel pisó aquella iglesia después de mucho tiempo, persignándose de manera casi inconsciente. La tormenta lo había sorprendido como una bendición inesperada, capaz de desanimar a los primeros calores del verano. Cuando sus ojos claros se acomodaron a la penumbra, un sinfín de recuerdos le cayeron encima. Una infancia lejana y llena de secretos. Algo de su niñez lo había estado esperando, como una sanguijuela que se alimentaba de sus recuerdos, escondida en las paredes de un templo que, por su edad, parecía ahora mucho más pequeño.

La iglesia era un jardín gris y doloroso para Gabriel, un lugar espinoso impregnado del pasado que hubiese preferido olvidar, si acaso eso hubiese sido posible.

Una mujer de unos sesenta años levantó la cabeza y lo miró apenas un instante, para volver a su rosario; mientras, otra se arrodillaba tímidamente ante el confesionario, pretendiendo asumir culpas de las que no se arrepentía. Las ignoró, caminando bajo los arcos de granito de la galería, por la derecha, hasta alcanza las primera fila de bancos vacíos. Allí, el cada vez

más viejo y canoso párroco lo miraba desde el infinito, sin interrumpir la monacorde letanía de una oración: "... llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...".

Más arriba, la imagen de un ángel con los brazos abiertos logró arrebatarse a Gabriel una sonrisa. Cansado de sí mismo y de sus recuerdos, recorrió las caras de los fieles congregados esa tarde. Eran pocos, para qué negarlo; y se perdió en sus miradas. El eco de unos pasos conocidos lo obligó a girar la cabeza. El mismo hombre que lo había reprendido tantas veces en su niñez volvía a la carga. Sus ojos escondían emoción y reproche en idénticas medidas.

—Te estábamos esperando... hace mucho. León te buscó por todas partes.

Algunas cosas nunca cambian, pensó Gabriel, y estrechó entre sus brazos al padre Francisco, evitándole mostrar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Tras ellos, las puertas de la parroquia se abrieron para dejar salir a quienes regresaban a sus hogares, hombres y mujeres satisfechos ya de haber cumplido un ritual en el que la costumbre tenía mucho más peso que la fe.

—¿La reunión ya empezó? —preguntó Gabriel conociendo la respuesta.

—¿No acabás de llegar y ya querés irte? Es temprano, los otros no llegaron todavía... ¿Tanto te aburren mis charlas, que después de tanto tiempo, ya te le estás escapando a este viejo decrepito?

—¿Dijiste viejo?

—El espejo no miente, mocosito... ¿Dónde anduviste?

Gabriel no supo responder aquella pregunta. El párroco atendió a su silencio y cambió de tema con la comprensión de quien lleva vividos más años que el resto. La charla aceleró los relojes y el tiempo se escurrió entre preguntas y respuestas menos dolorosas.

Las cosas en la iglesia no habían cambiado, sobaban los problemas económicos y la gastada espalda del cura apenas soportaba las horas de pie en misa.

La intimidad se quebró cuando un nuevo visitante entró en San Miguel. Sin quitarse la capucha, Azrael recorrió los mismos pasos que el muchacho, y ensayó un saludo al encontrarse con los únicos dos ocupantes, bajo la bóveda gris de un recinto silencioso. Una mueca apenas, rígida, sin interés, se pintó en su rostro.

El azabache de su piel y las sombras del lugar contrastaban de manera obscena con el blanco acuoso de sus ojos, ciegos. El cura lo miró con sorpresa, sin poder evitar el escalofrío nervioso que le provocaba la presencia de Azrael.

–No lo esperábamos tan temprano...

–El tiempo es un regalo divino, no lo desaprovechemos en conversaciones banales, hermano Francisco. ¿Ya llegaron los demás?

–Nadie, excepto Gabriel, pero no dudo que pronto todos se harán presentes para el concilio de esta noche. De todas formas, la sala está preparada para cuando guste pasar.

–Veo que el hijo pródigo volvió al hogar... -susurró Azrael mirando al muchacho-. Espero que en tu ausencia hayas aprendido a manejar esos impetuosos aires juveniles, y puedas demostrar algo de paciencia, Gabriel. Por lo pronto prefiero, hermano Francisco, que me acompañe para hablar en privado, hay temas urgentes que quiero tratar... a solas, antes de que comience el cónclave. –Azrael dio dos pasos, se detuvo y dijo sin voltearse–: Gabriel, supongo que después de tanto tiempo, tus charlas pueden quedar para otro momento.

Eran las primeras palabras que le dirigía en años, y fueron suficientes para que el desprecio del muchacho volviese a latir.

–No esperaba comprensión ni amabilidad de tu parte, y por lo visto, los modales tampoco son tu fuerte.

–Gabriel, no hables de esa forma –siseó el cura con un tono que mezclaba desilusión y temor. Azrael ignoró aquellas palabras y emprendió su camino hacia la sala.

El muchacho no supo reaccionar. El sacerdote no estaba de ánimos para escuchar las quejas de un chico impulsivo, y lo calló con un gesto mudo antes de poder abrir la boca.

–Sin excusas –dijo Francisco en un tono más relajado, cuando Azrael ya no estaba a la vista–. Hagamos como cuando vos eras chico y te callabas si este viejo te lo pedía... Voy a ver qué quiere antes de tener más problemas.

–Pero...

–Pero nada, no quiero excusas. Lo mejor es tomar distancia de cualquier enfrentamiento que no merezca ser peleado. No entres hasta que todos hayan llegado.

El párroco desapareció en la oscuridad del pasillo, tras el eco de los pasos de Azrael. Sentado en el primer banco, Gabriel no podía evitar que otra sonrisa se dibujase en su rostro. A pesar de sus casi treinta años, para el cura siempre sería un niño caprichoso al que cuidar y sermonear.

Pasaron los minutos y, tal y como había dicho Francisco, uno a uno fueron llegando los integrantes del extraño grupo que aquella noche asistiría al concilio. Cuando sumaron trece, Gabriel dejó la soledad del banco de madera y se perdió en el estrecho pasillo.



La gente apresuraba el paso. La estación de subte estaba abarrotada en su hora pico, poco más de las seis de la tarde, y el calor que reinaba bajo tierra parecía acercar aún más el infierno a los miles de pasajeros que intentaban llegar a casa.

María José, "Majo" para todo su mundo, se acomodó la mochila y decidió tomarse la vida con cierta filosofía. Nada de apuros ni de problemas. No hoy. Era viernes, estaba a sólo diez minutos de la facultad y a poco más de tres horas del fin de semana.

Logró meterse en el tercer vagón justo antes de que las puertas se cerrasen con el ruido seco de una guillotina. Frente a ella, un hombre elegante y con medio siglo a cuestas, miraba los pechos de una secretaria a la que doblaba en edad, mientras ella insistía a su compañera que las ofertas de Navidad "no eran las de otros años". El ejército anónimo se multiplicaba en caras y sudor, mientras una pareja se besaba contra la puerta del tren, ante la reprobadora mirada de dos ancianas que, sin recordar sus años de juventud, criticaban el "impropio espectáculo".

Estaba cansada. Los pies le pedían a gritos un asiento. De pronto, una pareja de turistas presumiblemente europeos (¿cómo podían disfrutar de aquel zoológico urbano?) dejaron sus asientos. Majo se dejó caer en el lugar, y sus reflejos universitarios la obligaron a sacar una montaña de apuntes subrayados. Dos minutos más tarde, los párpados estaba a punto de cerrarse con cada nueva palabra.

Entre cabeceos, reparó en la mirada de un hombre. Era un rostro común, tan indescriptible como el resto, una de esas mil caras que pasan en la multitud tan inadvertidas como los carteles de las estaciones. Pero se

sintió asqueada, confusa, molesta. Todo parecía normal, aunque los ojos del intruso eran tan extraños, incómodos, vacíos...

Se acomodó en el asiento, intentó sacudirse la modorra y volcó toda su concentración a los apuntes. El entrar y salir de pasajeros, el murmullo de quienes viajaban a su lado y las monótonas palabras de un vendedor ambulante la ayudaron a olvidar al personaje. Al fin y al cabo, no sería el primero ni el último en mirarla.

Majo era una mujer segura de sí misma. Su cabello le hubiese llegado a los hombros si un broche negro no lo hubiese ajustado a las exigencias del calor. Sus ojos color miel figuraban en la lista de “efectivas armas de seducción” que alguna vez había garabateado en su diario íntimo, y eran comparables con la perfección de sus piernas, hoy ocultas bajo un gastado jean celeste.

“Bastante bien”, se dijo a sí misma. No era de extrañar entonces que un pobre y aburrido pasajero se quedara mirándola ante el tedioso espectáculo del subte de las seis. Se preocupaba demasiado. Definitivamente empezaba a ponerse vieja a los veintitrés...

—No me interesa tu belleza.

Majo levantó la vista y descubrió los ojos de aquel hombre a centímetros de su propio rostro.

—¿Qué mierda...?

La respuesta no se hizo esperar. El intruso le tapó la boca con una mano, mientras con la otra la tanteaba entre las piernas. Un dolor agudo recorrió su espina dorsal hasta situarse en la base de la nuca. Ensayó un grito que nunca logró arrancar de su garganta. Quiso alejarse, pero las piernas tampoco respondían. Un mareo invadió su campo visual, la piel se le erizó. La gente a su alrededor parecía ignorar lo que pasaba, y un hedor insoportable la arrojó a un pozo profundo y negro.

Las paredes del subte comenzaron a moverse, lentamente. Desafiando las estáticas leyes de la realidad, el mundo se combaba en ángulos imposibles y las luces pintaban extrañas sombras sobre el rostro de los pasajeros. Era como si una puerta se hubiese abierto, una trampa que siempre había estado esperándola allí mismo, bajo sus pies, y sólo ella podía ver el dantesco espectáculo tras el velo de la realidad. Una pinza helada le atenazaba las ideas, desgarrando su cordura, y las manos de aquella bestia recorrían su cuerpo provocándole náuseas. El infierno la abrazó en un suspiro.

–Nena, ¿estás bien? –preguntó una mujer.

Majo abrió los ojos. El subte entraba en la estación. Una de las dos ancianas, que cinco minutos antes criticaba a la desprejuiciada pareja de enamorados, la abanicaba ahora con el diario vespertino. Los apuntes seguían en su lugar. La pesadilla había desaparecido. ¿Estrés? ¿Locura? ¿Sueño? “Los exámenes me están matando”, pensó. Se levantó aturdida y avergonzada por el espectáculo que, suponía, acababa de dar frente a tantos extraños. La cara de su novio (que pacientemente la esperaba en la estación cada tarde) pasó frente a las ventanillas. Segundos después, Majo se refugiaba en sus brazos, confundida.

–¡Amor!

–¿Qué pasa? –preguntó él, sorprendido.

–No sé, un sueño horrible, supongo que tuve una pesadilla.

–¿Recién?

–Sí, soñé que un tipo me miraba, me tocaba, que me caía... no sé, debo haber gritado o algo porque me despertó una vieja justo llegando a la estación.

–Tranquila ¿sí? Ahora calmate, ya pasó. Apuremos el paso que en diez minutos tenemos el práctico con Stemberg.

Majo no escuchó más. El subte tomaba velocidad y, desde una de las mil ventanillas, un rostro conocido la observaba sin pestañear. Era aquella mirada extraña, incómoda, vacía... Estaba ahí de nuevo, y de pronto, ya no estaba. Subió las escaleras sin mirar atrás y, pocos minutos más tarde, su mente archivó lo ocurrido en el estante de los sucesos sin explicación, muy cerca de lo que posiblemente nunca más se recuerde.

•••

Gabriel se acercó a la última de las sillas vacías: todos habían ocupado sus respectivos lugares, y esperaban a que el último lo hiciese para comenzar el cóncave. Una copa de vino labrada en plata presidía cada una de las catorce posiciones de la mesa circular. Nadie presidía una reunión semejante. Los ángeles guardaban silencio.

–Ahora que estamos todos, podemos empezar –sentenció Azrael.

León, un ángel alto como una torre y cuya melena rojiza hacía juego con el color de sus alas, estaba sentado a la derecha de la silla reservada a Gabriel.

Marcos, un personaje con lentes de armazón de alambre y mirada de contador, se había sentado a su izquierda.

Más allá lo miraban Isaías, Abel y Tomás. Pedro, un hombre alado de más de ciento cincuenta kilos, saludó a Gabriel con un gesto amable. Los ojos de aquel ángel parecían perderse en un rostro perfectamente circular, enmarcado por una maraña de pelo renegrido y una sonrisa de buenos amigos.

Del otro lado, Pablo y Ariel hablaban por lo bajo y Ara, el único ángel de sexo femenino que habitaba la ciudad, se acomodaba distraídamente el cabello. Era tan rubia como perfecta. Su cuerpo menudo pero insinuante y sus alas blancas, siempre a la vista, eran una tentación a los ojos de cualquiera.

Gabriel se quitó el abrigo todavía mojado y sus alas también ganaron espacio, mostrando orgullosas su gris plata. En las reuniones, todos los presentes debían mantenerlas a la vista. Algunos lo consideraban un sencillo, efectivo y milenario método de seguridad, perfecto para evitar que los mortales asistieran a donde sus ojos no habían sido jamás invitados.

En todos los casos, las alas nacían cerca del omóplato, pero en cada ángel eran diferentes. Las había grandes, pequeñas, blancas, grises, rojizas, azules, negras... Gabriel estaba seguro de que la costumbre de exhibirlas en las reuniones era una prueba más de la naturaleza egocéntrica de los ángeles, que se vanagloriaban de su imagen bíblica y hacían de ella un objeto de culto, casi un fetiche religioso. Sin hacer un gesto, las plegó a su espalda y tomó asiento.

—¿Y qué tema tan importante nos reúne en un consejo, Azrael? —preguntó Pedro con cierto sarcasmo, ahogando las últimas palabras en su copa de vino. Azrael no tardó en contestar.

—Presumo, por tu comentario liviano, que lo que buscas es ir al grano. Tenemos dos temas para tratar con urgencia. El primero ya ha sido discutido sin éxito por este consejo, pero la aparición del Proscrito no debe ser olvidada. Mis fuentes son cada vez más contundentes en la presunción de que no estamos ante un mito: hay un ángel renegado que, de alguna manera, logró mantenerse vivo durante milenios y hoy se esconde en Buenos Aires. No debemos permitir que semejante locura siga ocurriendo ante nuestras propias narices. No sabemos qué lo ata a nuestra ciudad, pero no es posible que permanezca oculto por más tiempo...

Una sonrisa se dibujó en la cara de Marcos.

–Como si tuviese necesidad de hacerlo...

–Es un tema serio, Marcos; no veo motivo de tomarlo en broma.

La respuesta del ángel negro quedó truncada por la potente voz de León.

–Sabemos perfectamente que tus estudios son considerados poco creíbles y tendenciosos, Azrael, por no decir descabellados.

–No voy a permitir que hables de ese modo –gritó Azrael, golpeando la mesa con su palma abierta.

–Como prefieras –León se acomodó en su silla y volvió a hablar–. Supongamos que tu presunción es cierta y que este cuento es cierto. Supongamos entonces que existe el Proscrito e, incluso, supongamos que está vivo, con lo que además estaríamos aceptando que habita en Buenos Aires... ¿Por qué deberíamos inmiscuirnos en su vida? ¿Es un peligro para nosotros alguien a quien nunca hemos visto, que jamás nos ha enfrentado, que no existe frente a nuestros ojos?

Gabriel se había sentado en el lugar correcto. Estaba rodeado por los dos integrantes más "liberales" del consejo y, con la dirección que había tomado la conversación, evitar que nuevamente una sonrisa se dibujase en su rostro era una tarea digna de un dios griego. Gabriel no tuvo ganas de sentirse una deidad en aquel preciso momento.

Azrael descubrió que la mueca del muchacho se repetía en todos los rostros que rodeaban la mesa. No iba a dejar que las cosas se le fueran de las manos por otro estúpido comentario.

–¡No podemos permitir que uno de los nuestros deambule por las calles actuando a su antojo! No somos humanos para vivir entre ellos sin seguir las reglas estrictas que nos prodiga la Iglesia. Somos la guía de la humanidad y, como tales, es nuestra obligación divina encontrar al Proscrito y cobrar su deuda con Dios, a quien él supo darle la espalda.

Ara se sumó a la batalla verbal.

–¿Entonces deberíamos lanzar una cacería contra alguien que ni siquiera sabemos si existe? No vamos a empezar de nuevo con esto, Azrael. No tenemos pruebas de que un renegado camine por las calles de Buenos Aires, y ni siquiera se sabe si realmente alguna vez existió. Como tantos otros, podría ser uno de los mitos que rodean nuestras creencias.

–No lo es. Hay hechos que pueden probar su existencia. Y no debe-

mos olvidar el otro tema que nos convoca: las fechas, las señales. Cientos de escritos anuncian que, con la llegada del nuevo milenio, el equilibrio se verá amenazado; y poco puede discutirse de ello si se leen las noticias: masacres, terremotos, catástrofes y, ante todo ello, miles de almas sumidas en el descreimiento, lejos de la palabra de Dios... Es la simiente que los antiguos textos citan para la gestación del Anticristo.

Un murmullo de reprobación inundó la sala.

—¿De nuevo en busca de fantasmas? —la voz que impuso silencio en todos era la de Moisés, el más anciano de los sentados a la mesa. Estaba en un rincón oscuro, apartado del tumulto. Azrael giró la cabeza y sus ojos blancos se clavaron en aquel rostro barbado, coronado por una melena de canas y un cuerpo que, a pesar del desgaste de los siglos, mantenía el vigor de antaño. Había llegado a las orillas del Río de la Plata a comienzos del siglo XVIII; y desde entonces recorría las calles, siempre cambiantes y siempre iguales, de la urbe porteña.

—No son fantasmas, Moisés, son las certezas que mencionan las Sagradas Escrituras, las que he estudiado noche y día, por lo visto, para enfrentarme al escepticismo de mis pares.

—¿Para esto fuimos convocados? ¿Para tratar una vez más tus teorías demenciales sobre el Anticristo y el Apocalipsis? Tu falta de pruebas demostró ser una pérdida de tiempo en el pasado. Espero que tengas algo más que una locura entre manos.

—No pretendo otra cosa que atender a la palabra del Señor...

Aquella respuesta fue demasiado para el ánimo encendido del anciano. Se levantó, golpeó la mesa con todas sus fuerzas y en sus ojos se reflejó la ira de quien pierde la paciencia.

—¡No quieras enseñarme la palabra del Señor, Azrael! ¡Tengo más años que los que parece! ¿Hablas de hechos? ¿Cuáles son esos hechos?

—No son sencillos de ver, mucho menos de explicar...

—¡Tus teorías no tienen sustento, como de costumbre! Si no hay nada más que decir, creo que lo mejor es olvidar este estúpido concilio y seguir nuestro camino.

—Es importante que escuchen lo que tengo para decir esta noche —la voz de Azrael se quebró. Aquel instrumento delicado de convencimiento se había transformado en la súplica de quien necesita explicar lo inexplicable. Pero el más viejo de los ángeles estaba harto de charlas banales con

chiquillos teócratas. Se puso de pie, volvió a levantar la voz y, esta vez, sus palabras fueron definitivas.

—Basta de hablarnos como si estuviésemos en misa, Azrael. Hasta tu atuendo de sacerdote es ridículo entre nosotros. No somos tus fieles, ni los de nadie más que Dios. Somos mucho más que humanos, y sería bueno que lo recuerdes más a menudo. Cada uno de los que estamos en esta mesa sigue a la Iglesia con el respeto que merece, y no a tus cruzadas demenciales cargadas de habladurías. Al menos yo ya no estoy dispuesto a escuchar tus cuentos de hadas; mientras no existan pruebas concretas para esta delirante exposición, creo que es mejor dar la reunión por terminada...

—Cristo no necesitó pruebas.

—¿Mencionas a Cristo!? Él no está frente a nosotros, sino uno de sus más irrespetuosos hijos. Si se parase ante cualquiera de nosotros no dudaríamos en seguirlo hasta el final de los días, Azrael, pero se te olvida que no eres Cristo... ni siquiera podrías encarnar a su iluminado portavoz ante nuestros ojos. Y yo, te recuerdo, necesito pruebas para creerte. Buenas noches.

Sin mediar palabra, Moisés salió por la puerta. Gabriel supo que nada podía pagar su presencia en aquel sitio. Había visto una derrota de Azrael en primera fila. Moisés..., un dinosaurio entre los ángeles, le había demostrado, una vez más, que nadie estaba a su altura; ni siquiera un enfermo fanático religioso.

Lentamente, el resto de los presentes salió de la habitación. El silencio era una cortina palpable entre ellos. Gabriel fue uno de los primeros en alejarse: se estaba ahogando en semejante compañía. León se acercó y, como siempre, lo saludó con un abrazo que le quitó el aire por un par de segundos. Más allá de haberse criado juntos, el gigante alado era el único al que Gabriel podía reconocer como a un verdadero amigo.

—Interesante, ¿no?

Sus conversaciones comenzaban siempre del mismo modo. Cuando se conoce tanto a alguien, las introducciones protocolares son innecesarias, y casi molestas.

—Sí. No esperaba semejante pelea de gatos. Supongo que algunas cosas nunca cambian y, por lo visto, valió la pena una visita.

—Supongo... Y hablando de todo un poco, Gaby, ¿dónde estuviste? Te

busqué por todas partes. Desapareciste sin avisarle a nadie. Estábamos preocupados, fueron meses sin saber de vos.

–No importa, no quiero hablar de eso.

–Mejor así, porque tengo hambre y pocas ganas de perder el tiempo con tus cosas –ambos rieron–. ¿Qué vas a hacer ahora?

–Nada importante, pensaba comer algo.

–Te acompaño, hace tiempo que no comemos juntos.

Unos pasos más allá, Francisco los esperaba con sus ojos cansados de siempre. Saludó a sus “dos chiquillos” mientras el resto de los asistentes al concilio salía por la puerta trasera de la iglesia: no era bueno que un grupo como aquel dejase el templo por la noche, y siempre eran pocos los recaudados que se podían tomar para evitar que la humanidad descubriese la existencia de los ángeles.

El secreto era una regla inquebrantable, y las palabras que Francisco había usado para explicarlo habían podido convencer años atrás a un Gabriel adolescente. Todavía recordaba la tarde de primavera en la que había recibido esa respuesta, siempre en una parábola de su tutor.

–Si tuvieses todas las soluciones en tus manos, ¿qué harías? –le había preguntado Francisco.

Gabriel tenía entonces edad suficiente como para saber que ese tipo de preguntas requerían de una respuesta meditada.

–Trataría de ayudar a quienes tienen problemas –contestó después de haberlo pensado media docena de veces.

–¿Y si las soluciones estuviesen en manos de otros?

Esta respuesta fue casi inmediata.

–Les pediría que solucionen los problemas.

–Por eso, justamente, el mundo no puede saber de tu condición. Si todos supieran que los ángeles existen, cada ser humano se limitaría a pedir ayuda, sin buscar una verdadera solución a sus propios pecados.

Aquella afirmación cerró las puertas de la duda en el pasado, pero hoy tenía una pata floja: los ángeles y su bíblica condición de enviados celestiales. Gabriel no se sentía uno de “esos” ángeles. En su opinión, los hombres alados eran deformes creaciones de la naturaleza, productos de una evolución que les había dado un par de características que los diferenciaba del resto. Las alas eran una de ellas; sus poderes mentales, la otra.

Tanto Gabriel como los otros tenían la capacidad innata de leer pen-

samientos. Incluso, con cierta destreza podían implantar ideas y recuerdos en las mentes de los humanos, o borrarlos definitivamente. Los ángeles eran capaces de crear imágenes, sonidos, lo que fuese... y sólo ellos eran inmunes a los poderes de los demonios.

Para el cura, en esos hechos sobrenaturales sobraban pruebas de que habían sido elegidos para tareas divinas. Para Gabriel, los ángeles no existían más que en los libros religiosos. Él no era más que un fenómeno anormal y, al igual que en cualquier otro mortal, su fe, su creencia en Dios y su religión tenían dificultades para hacerse fuertes.

En resumidas cuentas, si había un Dios, nunca le había hablado. Si había una fe, no la sentía propia. Si era un ángel en apariencia, era un ateo en todo lo demás.

Francisco nunca lo sabría. Hubiese sido incapaz de aceptarlo, e incluso el pobre viejo se hubiese culpado por algo que el muchacho no consideraba un error.

Gabriel recordó todo eso al dejarlo en la soledad de su iglesia, y sintió en ese gesto la paz de la tarea cumplida, a pesar de que parte de esa tarea tan gris como misericordiosa fuese mentirle a un hombre de más de setenta años, casi un padre para él.

Subió las mismas escaleras que infinidad de veces había recorrido en su niñez y salió junto a León a la terraza. De la lluvia quedaban el piso húmedo y el olor a tierra mojada en los canteros con malvones. El viejo y sus plantas... Gabriel miró a su compañero de la infancia: ambos seguían siendo niños en alguna parte. Desafiándolo, despegó los cierres del impermeable. Entonces, sin decir nada, saltó hacia la calle desierta, seguido por el corpulento pelirrojo. Las alas se abrieron como un reflejo a la sensación de vacío en el estómago; casi instantáneamente estaba sobre los techos, ocultándose en la oscuridad de una recién nacida noche porteña. Buenos Aires dormiría por poco tiempo.

# Capítulo 2

*Ciudad del Vaticano, diciembre de 1999*

Una y cuarto de la madrugada, hora italiana. En el Palazzo Apostólico, ubicado en el corazón del Vaticano, la temerosa voz de Ángel Sodano, Cardenal Secretario de Estado, despertó de su profundo sueño al Santo Padre. El más antiguo de los temores del Papa se hizo realidad con una sola frase: “Tenemos visitas inesperadas”.

—¿Qué espera? Ayúdeme a levantarme...

—Puede ser peligroso —replicó Sodano.

—Estoy muy viejo para ser paciente... y, si fuese usted, no me arriesgaría: el cuerpo me exige demasiado como para entender el humor de sus comentarios. Ayúdeme con esto antes de que lo obligue a hacerlo. Así está mejor, gracias... Usted prepare todo; lo espero abajo en diez minutos.

Las dos figuras de mayor poder en el Vaticano se despidieron sin hablar y volvieron a reunirse, apenas un minuto después de lo indicado.

—¿Está seguro de la llegada de intrusos? —preguntó el Santo Padre.

—Para Benedictus, no cabe duda de que estamos en peligro. Lo mejor es bajar cuanto antes a la Cámara y constatar si el recinto sagrado fue profanado.

—¿Dónde está Benedictus?

—Abajo, quería estar en la sala lo antes posible, para corroborar personalmente la seguridad del lugar antes de su llegada.

Las restauraciones comenzadas en la Capilla Sixtina a fines de la década del setenta habían culminado sin que nadie reparase en sus verdaderos

motivos: el mayor de los secretos de la cristiandad no descansaba en los archivos del Vaticano, sino en una estancia oculta una decena de metros bajo el suelo del histórico reducto pintado por Miguel Ángel.

El lugar era conocido como la Cámara de María. Con el dinero empleado en su construcción y equipamiento se habrían podido comprar una decena de pequeñas repúblicas centroamericanas, pero incluso una cifra superior hubiera sido pagada con gusto por la Iglesia para salvaguardar ese recinto, en el que los documentos que se encontraban en su interior valían para el clero mucho más que todo el dinero del mundo.

Al llegar a sus puertas, el personal de seguridad que custodiaba al Papa dio un paso al costado. Sabían perfectamente que allí no había protocolos ni medidas habituales, ya que el ingreso al santuario sólo estaba permitido a unos pocos mortales.

Un hombre delgado, vestido con ropas de Cardenal, esperaba al otro lado de un pasillo custodiado por enjambres de detectores de última generación. Los expertos en seguridad habían dicho que ni siquiera una mosca podría traspasar el corredor sin ser descubierta.

Benedictus se acercó al verlos llegar. Su existencia era un misterio incluso para los habitantes del Vaticano, y apenas unas diez personas conocían los hechos que acreditaban su estancia en la Santa Sede desde hacía más de cien años.

Había sido nombrado Custodio de Fe en presencia de León XIII y, desde entonces, estaba al servicio de Su Santidad (quienquiera que ocupase el cargo) como consejero personal, hombre de confianza y jefe político y religioso del Cristianismo. Su misión era simple: mientras Juan Pablo II aparecía frente al mundo como el sucesor de San Pedro, Benedictus tomaba las decisiones, manejando los hilos de la intriga y la santidad, dentro y fuera de la Iglesia.

Ahora, en el rostro del ángel podían adivinarse líneas de preocupación por primera vez en varias décadas.

—Buenas noches, Karol —saludó Benedictus en perfecto polaco. Nadie más que él llamaba al Papa de un modo tan familiar.

—Buenas noches. Debemos estar en serios problemas para movilizar a todo el Vaticano a la una y media de la madrugada.

—Lamentablemente, estamos ante un apremio mayor a ningún otro. Confirmamos la presencia de un demonio en el Círculo Interior, y si bien

aún no puedo determinar su ubicación ni el modo en el que logró pasar sobre los sellos benditos, es muy posible que haya burlado todas nuestras medidas de seguridad sin que pudiésemos detectarlo. Para los sensores es un fantasma, al igual que para las cámaras y micrófonos... pero siento su presencia como si estuviese entre nosotros.

—¿Es posible encontrarlo?

—No puede esconderse a mi percepción por mucho tiempo y, si está aquí, en alguna parte, daremos con él tarde o temprano. Pero debo reconocer que es sumamente poderoso, y a pesar de que puedo sentirlo, quizás sea lo suficientemente inteligente como para planear una manera de profanar la Cámara de María antes de que podamos atraparlo. Por ello, mi consejo es elevar al máximo la seguridad, y ante la posibilidad de fallar en esa misión, debemos eliminar los manuscritos antes de que caigan en otras manos.

La cara del Santo Padre se contrajo en una mueca de dolor. Era un hombre de avanzada edad, su cuerpo no sobreviviría los años que se acercaban, pero su mente lúcida era aún una de las más brillantes al frente a la Iglesia.

—¿Eliminarlas? Esas escrituras podrían ser el único legado de María sobre el misterio de la concepción. Toda nuestra fe se apoya en ese secreto...

—El secreto es nuestra fe, y lo respeto más que a mi vida. Pero no veo otro camino para salvaguardarlo, Karol.

—Debe haber otro camino; destruirlas es inaceptable.

—Nadie más que yo querría evitar una decisión tan drástica, Karol, pero es nuestro deber sagrado el mantener ocultos esos pergaminos. Develar su contenido podría destruir todo lo que la Iglesia ha dicho y hecho en dos mil años... Debe hacerse, y lo antes posible.

—Que el Señor se apiade de mi alma si cometo un error al permitirte lo, Benedictus, pero creo que a estas alturas, tienes más derecho que nadie a ordenar semejante acción. Destruyan todo lo que hemos custodiado, mi elección importa poco esta noche... Si me disculpan, ahora necesito descansar y evitar este doloroso espectáculo.

Sin decir más, el Papa se retiró de la sala junto a Sodano, sus secretarios personales y algunos efectivos de seguridad. Aquel viaje hacia su habitación sería lento y doloroso, marcando el comienzo de un declive hacia

la muerte, casi un Vía Crucis personal en el que el tenor de sus decisiones se convertirían durante las noches venideras en una cruz más pesada que la que Cristo cargó hasta su lugar de muerte.

Benedictus esperó hasta quedarse solo frente a la Cámara. Abrió las puertas y comprobó los sellos. Estaban intactos, al menos por ahora. En teoría, ningún demonio podía poner un pie en el Vaticano mientras aquellas barreras lo impidiesen; pero las teorías habían fallado aquella noche y era posible que pronto volvieran a hacerlo. La idea era extraña, pero destruir todo era lo único que parecía calmar la ansiedad del ángel.

Se acercó al voluminoso tomo escrito por Pedro. Lo miró con resignación, como tantas otras veces, sabiendo que ni siquiera para él los secretos del libro estaban permitidos.

Deseaba leer las últimas palabras de María; pero los riesgos eran demasiado altos. Miró por última vez la cámara octogonal en la que descansaban los pergaminos, y una sonrisa se dibujó en su rostro. Era paradójico el destino, pensó, mientras notaba que todos aquellos recaudos jamás habían sido puestos a prueba. Nadie se había acercado lo suficiente a la Cámara como para accionar los detectores y, ahora que el lugar se veía amenazado, nadie tampoco podría garantizar que las medidas tomadas fueran suficientes para cuidar los pergaminos. Una paradoja que dejaba la destrucción como único camino.

Una fuerza impía golpeó su mente. El disfraz desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y una forma viscosa se manifestó en sus pensamientos presionándolo para hacerse con el control total del cuerpo. La misma fuerza que lo dominaba lo llevaba a actuar con precisión y cautela, como sabiendo de antemano cada paso, cada movimiento, todo calculado con una precisión milimétrica. Benedictus sabía que algunos demonios eran capaces de proezas semejantes en las débiles mentes de los humanos; pero él, uno de los ángeles más poderosos sobre la Tierra, nunca podría ser dominado por una bestia. Por primera vez en todos sus años de existencia, estaba equivocado.

La cámara se combó, y las paredes desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Las manos invisibles de un ente superior comenzaron a moldear la realidad, deformando todo lo conocido de forma caprichosa y demencial. El ángel no podía controlar sus manos, sus ojos miraban a donde el extraño poder lo decidía, descubriendo horrores intangibles y, con un

dolor lacerante en las sienes, lo obligaron a aceptar su destino, guardando una mínima esperanza de que el dominador lo dejase libre el tiempo suficiente para quitarse la vida.

—Tranquilo —susurró una voz suave dentro de su mente—. No quiero hacerte daño, mucho menos matarte, compañero, al menos, no antes de leer los documentos que tienes ante tus ojos.

El ángel había esperado una confrontación directa, física, un ataque a gran escala. Jamás había imaginado que su propio cuerpo sería el instrumento señalado por el destino para perpetrar el mayor sacrilegio de la historia.

—Es cierto —dijo una vez más aquella voz—; jamás hubieses creído posible que tuviésemos este poder, y en tu arrogancia anidó el pecado que me abrió las puertas a esta cámara, Benedictus. Fuiste un elemento previsible, incluso me facilitaste la tarea, para serte sincero. Pero al menos ahora tendrás el placer de descansar sabiendo que muchas de las decisiones que creíste propias, hace tiempo que no son del todo tuyas, ya que de estar completamente solo en tu mente, jamás hubieses accedido a destruir los pergaminos con una excusa tan cobarde como el miedo a que cayesen en manos enemigas. Tu ego, y el de quienes te rodean, no les hubiese permitido tomar semejante decisión... no sin mi ayuda, al menos. Pero eso ya es historia pasada y, como ves, siempre hay una primera vez para todo, incluso para decir y hacer lo impensable.

Sus manos se dirigieron al panel de seguros, que acababa de reaparecer ante sus ojos. El detector leyó las huellas dactilares, y los sensores térmicos, infrarrojos y sonoros dejaron de funcionar dentro de la cámara. Ya nada separaba al demonio del más secreto de los legados de María.

Sin poder evitar el dolor, el ángel comenzó a pasar las hojas una a una, y sus ojos descubrieron a ambos los hechos que durante tanto tiempo Benedictus había temido conocer.



Saied sonreía. Con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento del subterráneo, ignoraba a los humanos que lo rodeaban, vagando en los recuerdos del agradable roce de su mente con la de su última víctima.

Entrar en el pequeño feudo cerebral en un rebaño de personas era para

muchos una pérdida de tiempo, un juego de niños en el que sólo los demonios novatos hallaban placer.

Abrir las puertas del infierno a quienes lo rodeaban podía parecer a veces un simple pasatiempo, pero esa tarde Saied había encontrado la aguja en el pajar, el premio más delicioso de sus tiempos de oscuridad. Sólo recordaba una sensación semejante a la que acababa de experimentar: el sexo.

Como mortal, había probado las más extremas prácticas sexuales. La trasgresión era una fruta prohibida que lo acercaba a Dios, había repetido Saied a sus parejas de turno. Pero la consagración a la nueva vida lo había alejado de aquel placer terrenal, convenciéndolo de que ya era imposible sentir en su cuerpo esa energía incontrolable del orgasmo.

Pero el simple contacto con aquella muchacha, una maravilla casual que le había devuelto las sensaciones, logró lanzarlo de lleno sobre los placeres que le habían sido vedados.

La chica se había resistido a la posesión mucho más que cualquier otra víctima. Incluso había logrado debilitarlo lo suficiente como para romper el contacto mental. Ahora, casi recuperado, el demonio permitía que sus recuerdos se mezclasen con su esencia, para regresar al éxtasis de pureza y comunión que había experimentado en su contacto.

—Señor ¿me podría dejar el asiento? —reclamó una voz que, a juzgar por el tono, no entendía de paciencia.

Saied abrió los ojos y lo enfrentó la reprobadora mirada de los pasajeros. Pronto descubrió la razón: una mujer esperaba un acto caballeroso de su parte, mientras cargaba en brazos a una niña pequeña. El demonio la observó con indiferencia y se preguntó qué le ocurriría primero, intentando adivinar si el bolso de los pañales se le caería al suelo o si las mejillas, arrebatadas por el calor, explotarían en un colorido espectáculo ante la mirada incrédula de su hija.

—Claro, disculpe —dijo finalmente Saied, mientras se paraba para ceder el asiento—. Con este ruido no la escuché. Siéntese por favor... a ver, sí, permítame que le tengo el bolso, cuidado... ¿Qué tiempo tiene la nena?

—Tres meses.

—Es hermosa, yo hubiera dicho que tiene apenas unas horas...

Recordando las primeras lecciones de su mentor, el demonio hizo acopio de poder y acarició la cabeza de la niña, que dormía plácidamente en

los rollizos brazos de su madre. Entrar a su mente fue demasiado sencillo, y la niña rompió a llorar en el preciso momento en el que el demonio cortaba el contacto.

Muy pronto el subterráneo llegó a destino. La niña seguía sollozando. Una inclinación de cabeza y una sonrisa de vendedor de autos usados fueron el adiós de Saied al resto de los pasajeros. Al sentir el aire fresco de la noche porteña, cargado de humedad y promesas de lluvia, reconoció un dejo de justicia en el pedido de la mujer. Al fin y al cabo, se dijo, esta noche se va a pasar unas cuantas horas parada en la guardia del hospital.



Antes de la madrugada, los médicos firmaron el acta de defunción de la niña. Explicaron a sus padres que no había síntomas claros, pero una extraña reacción cerebral había actuado a gran velocidad y, en una paciente tan pequeña, no habían podido hacer demasiado. La mujer, desconsolada, recorría una y otra vez el pasillo del hospital, esperando que su esposo firmara los documentos para retirar el cuerpo de su hija, el mismo que horas antes dormía plácidamente en sus brazos y ahora estaba destinado a un frío cajón blanco. Se detuvo en seco a mitad del pasillo y lloró más que nunca. Alguien logró alcanzarla antes de que se desmayase, pero nadie encontró una sola silla donde sentarla.



Los dedos de Benedictus acariciaron el último de los pergaminos. Una lágrima se deslizó al leer las palabras escritas por Pedro. El secreto se había perdido para siempre, y no eran las verdades que había descubierto las que más lo lastimaban, sino la certeza de que el mundo no volvería a ser el mismo debido a su ineficacia, a su altanería, a su estupidez.

—No te castigues, hiciste lo posible —dijo la voz—. Trabajé mucho para ser parte tuya sin delatar mi presencia. No es tu culpa, no al menos en un sentido absoluto. Y ya es hora de que esta historia termine para uno de los dos... La piedad no es un sentimiento común entre los míos, pero el penoso espectáculo de las lágrimas en tus mejillas me dice que es tiempo de que acabe con tu sufrimiento.

Benedictus sabía que no volvería a estar a cargo de la situación. Su cuerpo respondía a los deseos de un demonio, y su mente se veía invadida de voces, ideas y actos que no le pertenecían. Observó cómo sus manos accionaban el panel digital, sobrecargando el sistema de seguridad de la cámara.

El demonio aflojó su presión y permitió que la mirada del ángel se perdiese en el centro de la cámara, sobre el tomo abierto, profanado, ahora casi inútil. Benedictus se dejó caer y esperó resignado la explosión. Sus últimos pensamientos fueron de arrepentimiento y dolor.



El estruendo cortó la conexión mental. Sheddin se levantó y miró a su alrededor, recordando parcialmente el lugar en el que se había ocultado horas atrás. Estaba solo, acodado en un estrecho pasaje frente a la Piazza San Pietro, que seguía tan oscura y silenciosa como en el momento en el que la había cruzado para dar el golpe final.

Sin ser visto, el único demonio capaz de traspasar los sellos benditos dejó el Vaticano. El sol de la mañana aún no iluminaba los rincones de la plaza, y las sombras le permitieron escabullirse con facilidad entre un grupo de bomberos y ambulancias que aullaron en dirección a la explosión, mientras la policía y la Guardia Suiza cercaban la zona organizando el esperable dispositivo de seguridad.

Turistas, reporteros, funcionarios, sacerdotes... nadie podía explicar el atentado. No había mortal que imaginase que la respuesta, al igual que el mayor secreto de la fe cristiana, se escondía ahora en la mente deformada de un demonio.

Vestido por Versace, esa mañana Sheddin se regocijó leyendo la tapa de *La Repubblica*, mientras desayunaba un capuchino. “Según fuentes oficiales, la explosión no fue adjudicada a un acto terrorista, sino una falla eléctrica que destruyó un generador subterráneo, y no causó mayores consecuencias a los históricos edificios”, consignaba la prensa italiana. Pero Sheddin sabía que el mundo había cambiado para siempre, sin importar lo que dijese los diarios.

# Capítulo 3

Sobre Buenos Aires el cielo estaba cubierto, pero la luna encontró un hueco para verse reflejada en el asfalto, todavía mojado. Los restaurantes del centro de la ciudad estaban repletos; y las mesas de Pippo, siempre vestidas con manteles de papel, ofrecían un servicio en el que lo pintoresco y lo nostálgico pesaban tanto como la excelencia gastronómica.

En medio del pandemónium era casi imposible reparar en aquellos dos hombres sentados en el fondo del local. El mantel ya mostraba las manchas que indefectiblemente decoraban la mesa cuando León se sentaba a comer.

Ninguno de los mozos recordaba el momento en el que habían llegado, y mucho menos quién había tomado el pedido; pero una botella de vino medio vacía y dos platos de pastas aseguraban la normalidad de la situación.

Es posible que un buen observador hubiese notado lo anchas que se veían sus espaldas, pero nadie podría jamás reparar en ellos dos veces. Deseaban ser invisiblemente visibles, y sus deseos se hacían realidad.

Gabriel se descubrió a sí mismo cenando con un viejo amigo y haciendo aquello que para los humanos era rutina. León hablaba de las decisiones políticas que rodeaban a un mundo desconocido por millones de personas, de la discusión entre Azrael y Moisés, de los demonios y, claro, de las mujeres. Estas últimas se hacían siempre presentes cuando el ángel tomaba la palabra.

El pelirrojo parecía disfrutar de la compañía femenina más que cualquier otro ser en el mundo, encontrando un perfil sensual e inteligente en

cada una de sus compañeras. Igual de asombroso era ver la capacidad de aburrimiento que experimentaba tras cada conquista.

Un mozo se acercó y destapó una segunda botella. Gabriel sonrió. Los poderes mentales de León eran sólo comparables con su sentido del humor. El corpulento ángel evitaba entablar cualquier tipo de diálogo con personas de su mismo sexo, utilizando la sugestión mental en lugar de las palabras y guardando el contacto directo para las mujeres. “Es un tic divertido”, decía. La escena se repitió con otro de los mozos a la hora del postre.

“Algunas cosas nunca cambian”, pensó Gabriel por segunda vez en la noche. Se conocían desde que eran dos chicos diferentes del resto, dos rarezas, dos huérfanos. En algunas cosas aún eran tremendamente parecidos entre sí, cosa que Francisco siempre les recordaba; pero en otras sus diferencias eran notables. Gabriel era reflexivo y sutil. León, sólo impulsos, un manajo de instintos tan propio de un niño como de una bestia.

–¿Habrá sido suficiente para Azrael? –preguntó León.

–Nunca es suficiente. Ese tipo vive adentro de una Biblia. Nunca mejor dicho que “no hay peor ciego que el que no quiere ver”.

El negro sentido del humor era otro sello de su amistad. León cerró los ojos, impostó la voz para imitar el tono ronco de Azrael y pronunció muy lentamente “Cristo no necesitó pruebas”, mientras, adrede, se clavaba su cuchara en la mejilla, a varios centímetros de su boca. Las carcajadas no llamaron la atención de los presentes.

Un chico de unos cinco años entró en el restaurante y comenzó a vender rosas entre las mesas. León lo miró fijamente y movió sus manos de manera imperceptible, sin detenerse hasta que el pequeño tomó el billete.

Segundos después, el niño se acercó a una mesa en la que un grupo de estudiantes hablaban de parciales y finales. Una rubia que apenas pasaba los veinte recibió la rosa. León se despidió de Gabriel con una mirada. Entre ellos, no hacían falta explicaciones que justificasen la partida. Gabriel sabía que cuando una mujer se cruzaba en los planes de su amigo, no había manera de hacerlo entrar en razón. “Si creyera que existe el Infierno, diría que te están esperando con los brazos abiertos”, le había dicho una y otra vez, a lo que León respondía siempre con una sonrisa.

En un abrir y cerrar de ojos, la escultural estudiante cambió sus planes

para esa noche, se despidió de sus amigos y salió a la calle acompañada por un enorme pelirrojo al que mañana no recordaría.

Cuando el mozo se acercó a limpiar la mesa, Gabriel también era sólo un fugaz recuerdo. El empleado no se preocupó. El dinero sobre el mantel pagaba la cuenta, y la propina le había asegurado una noche más que productiva.



Asseff observaba el luminoso contorno de Buenos Aires desde su ventana, esperando noticias de su discípulo.

El hombre y el demonio que vivían en aquel cuerpo tenían más de sesenta años a cuestas, y habían pasado la mitad de su vida al frente de Ivecom, una de las corporaciones más grandes de la Argentina, con oficinas en Europa, Asia y los Estados Unidos.

Como presidente de la firma, había sobrevivido a crisis financieras, golpes de estado, dos intentos de boicot de sus más cercanos colaboradores y un sinnúmero de jugadas políticas... pero nunca antes había tenido entre manos un tema tan importante como el de aquella noche.

Su despacho, ubicado en el último piso de una de las torres más costosas del microcentro porteño, lo alejaba de la ciudad y le ofrecía una perspectiva diferente de aquella urbe cosmopolita, casi extraña a sus pisadas.

Abajo, Puerto Madero brillaba con sus edificios bajos de ladrillo a la vista, recientemente ocupados por empresas y ejecutivos de poco talento, restaurantes exóticos, “nuevos ricos” bajando de autos importados y pequeñas embarcaciones durmiendo en la marina.

Allí abajo pocos se preguntaban quién ocupaba las oficinas del último piso de la torre, y nadie excepto él sabía que decenas de empresas de primera línea, holdings de medios, estudios de sistemas, bancos, constructoras, seguridad privada, petroleras y hasta partidos políticos estaban bajo su dominio. En mayor o menor medida, todas sus empresas eran simples fachadas y sólidas mentiras; sus ejecutivos no dejaban de comportarse como títeres de un juego invisible en el que fuerzas demoníacas se disputaban la supremacía de sus vidas.

Canoso, impecablemente vestido y apuesto como pocos, Asseff veía su semblante apenas reflejado en el ventanal, con la ciudad a sus pies y la

oscuridad a sus espaldas, casi una alegoría de su propia vida. Dos teléfonos y una computadora portátil con conexión satelital esperaban silenciosamente sobre el enorme escritorio de roble. No había papeles. No los necesitaba. Siempre alguien podía encargarse de la burocracia mientras él tomaba las decisiones.

Una luz roja se encendió en uno de los aparatos: la voz de su secretaria anunció la llegada de Saied. La puerta del despacho se abrió y Marina hizo pasar al invitado. La joven sabía de memoria que cuando su jefe quería ver a alguien, hacerlo esperar podría ser imperdonable. Cerró la puerta para dejarlos a solas.

—¿Novedades de la reunión? —preguntó Asseff, sin voltearse para mirar al recién llegado. Las luces seguían apagadas y el brillo de la calle, un centenar de metros más abajo, hacía de su imagen una presencia avasallante incluso para Saied, que una vez más se sintió intimidado.

—De momento, ninguna.

El demonio que acababa de llegar sabía que su cabeza corría el enorme riesgo de dejar la comodidad de sus hombros tras la respuesta negativa a los caprichos de su mentor.

—No es lo que esperaba —susurró el viejo. Sus palabras tenían la frialdad de una sentencia.

—Lo intentamos, señor, pero parecen estar siempre un paso por delante nuestro. No pudimos dar con el lugar de la reunión... creo que la búsqueda es una pérdida de tiempo.

—¿¡Quién te dio permiso para creer o pensar, imbécil!?

Saied guardó silencio. Esperaba piedad de alguien que no se la daría. Su única esperanza era ganar algo de tiempo.

—Acepto todas las responsabilidades por mi falla, señor; pero tengo una manera de pagar la deuda por mi incompetencia...

Negociar, la clave de todo en el mundo moderno. Si lograba cautivar a su tutor, entonces habría sobrevivido a una nueva batalla.

—Para negociar hacen falta ciertas condiciones, y la primera, en tu caso, es tener algo que darme a cambio de tus errores...

—A eso me refería, señor —Saied tenía la frente perlada de sudor, y el nerviosismo en su voz destilaba veneno sobre sus cortas palabras. Pensó una docena de excusas, y sólo llegó a su cabeza la experiencia en el subte—. Esta tarde encontré a la más pura de las mujeres. Ella podría...

La furia de Asseff explotó al oír aquella frase. Podía tener a la mujer que quisiese; no necesitaba migajas de su cachorro. Se dio media vuelta y, por primera vez en la noche, posó sus ojos sobre los del otro demonio. Antes de que éste pudiese reaccionar, el viejo tomó una pluma fuente de su bolsillo. La pequeña punta de oro penetró la garganta de Saied un segundo más tarde, desgarrando piel, carne y tendones en una punzada de dolor.

Asseff siempre utilizaba lo que tuviese más a mano. Solía decir que el mundo ofrecía suficientes elementos para actuar; no era estrictamente necesario tener un arma para hacerle saber al resto lo que uno valía.

Esa noche, la falla merecía un castigo, y él no iba a negárselo. Soltó la pluma un segundo antes de que la sangre le manchara la camisa. Su discípulo cayó de rodillas, tomándose el cuello con ambas manos. Al verlo semidegollado, el viejo recuperó la compostura.

—Ahora voy a tener que mandar a limpiar la alfombra... Pero volviendo a nuestros temas, no soy un hombre de segundas oportunidades, Saied; aunque hoy vamos a hacer una excepción a esa regla. La próxima, sólo voy a aceptar buenas noticias. Supongo que queda claro que no hay nada personal en esto, pero soy un tipo de palabra.

Saied tiró de la pluma y logró arrancársela de la garganta, respirando entre burbujas de sangre. Su naturaleza demoníaca le permitiría saldar deudas con su cuerpo más rápido que un mortal, pero tardaría semanas en curar aquella herida.

Eso sería un asunto para atender más tarde. Ahora tenía que hallar la mejor manera de agradecer la oportunidad de seguir viviendo; mañana podría pensar en una venganza. Se levantó tambaleante y caminó hasta la puerta. Asseff lo detuvo con el cinismo de sus palabras.

—Llamame cuando puedas hablar... y, en lo posible, con las novedades que estoy esperando, imbécil. A lo mejor recién entonces puedas salir a buscar a esa chica que querías ofrecerme; aunque ahora que lo pienso, te va a costar mucho hablar para explicarle lo de esa cicatriz.

Saied nunca giró para ver la sonrisa en los labios de su tutor. Su jefe miraba nuevamente por la ventana. Al cerrarse la puerta, la silueta se había convertido una vez más en parte de la habitación a oscuras, mientras sacaba un pañuelo limpio para quitar la sangre de su escritorio y guardaba la pluma, como si nada hubiese ocurrido.



El Mercedes negro dejó la autopista y se deslizó por un camino lateral hasta un costoso barrio privado. Desde la garita, el guardia de seguridad saludó con la cabeza y abrió el portón.

Asseff condujo entre árboles añosos y construcciones elegantes. La música clásica interrumpía el silencio de la noche. Mozart era su favorito.

Al llegar a la puerta de su casa, una delicada construcción blanca de dos plantas y estilo mediterráneo, el auto dejó el asfalto y descansó sobre el jardín. La tierra se había humedecido con las lluvias de la tarde, y un coro de grillos y cigarras ponían música a la noche.

“La vida es perfecta, espero poder disfrutarla pronto”, pensó. Entró a la casa y recordó con nostalgia tiempos en que sus hijos la inundaban de gritos y desorden. Ahora todo estaba tranquilo, parecía menos vivo. Los dos muchachos habían formado su familia, e incluso uno de ellos ya le había dado su primer nieto. La casa, como los días de Asseff, había dejado parte de la vitalidad de los años dorados para adoptar un comfortable sosiego.

Como tantas otras veces, al cruzar el umbral su naturaleza demoníaca quedó relegada ante su humanidad. Todo aquel mundo privado parecía tener un efecto conciliador en su avasallada vida mortal.

Treinta años antes, el ingeniero Roberto Argaña había sufrido un accidente automovilístico. Su prometedor carrera, la infancia de sus dos hijos, la vida junto a su esposa... todo había quedado bajo el autobús con el que había chocado de frente. Aún recordaba el momento exacto en el que había aceptado dejar de ser humano con tal de seguir vivo, siempre por un precio, en este caso el de servir a un poder superior. Entonces aún no tenía idea de lo que aquello significaba.

Lo cierto es que el oficial de la policía caminera no pudo explicar el modo en el que aquel hombre había sobrevivido al accidente; pero respiraba entre los restos retorcidos de lo que alguna vez había sido un automóvil. De algún modo, por extraño que pareciese, estaba vivo y casi intacto. Nadie sabía entonces que, en sus venas, parte de su humanidad se quemaba con las ansias de poder que nutrían a los demonios.

El precio era realmente alto: no había esperanzas para su alma... ¿o quizás sí? A treinta años de aquel hecho, Roberto seguía respondiendo a su

antiguo nombre sin olvidar que era Asseff quien realmente vivía en su cuerpo. Pero no por mucho tiempo. El viejo que habitaba en su interior estaba cansado de tanta miseria. Su naturaleza se había degradado con los años; pero a diferencia del resto, mantenía ese dejo de humanidad que difícilmente sobrevivía a la diabolización.

La paciencia, una de sus mayores virtudes, le había permitido preparar el terreno durante todo ese tiempo para encontrar una salida, por mínima que fuese, a su destino. Ahora sólo debía ganar una batalla para pedir su redención.

Había buscado hasta el cansancio la negociación de su alma, pero el tiempo se le acababa. Los demonios y los humanos están atados a los mismos instintos y las mismas bajezas. Sus cuerpos siguen idénticos ciclos, y a él sólo le quedaba un par de décadas de vida.

Subió las escaleras y entró en la habitación. Ana dormía. La televisión mostraba un viejo capítulo de una telenovela olvidada. La foto de su nieto sobre la mesa de luz le dio nuevos ánimos. Iba a devolverle un padre a sus hijos, y a su nieto quería regalarle un abuelo diferente. No importaban las terribles cosas que hubiese hecho, ni las que faltasen para alcanzar su objetivo. “Es mi vida y, en este caso, el fin justifica los medios”, se dijo.

Se desvistió, se metió en la cama y, con una sonrisa, abrazó a su esposa. En minutos él también estaría dormido. Las pesadillas regresarían como cada noche, pero ya no le importaba. Sabía que de un modo u otro, el hombre y el demonio que habitaban en su interior despertarían por la mañana y, muy pronto, sus verdaderos sueños se harían realidad.



## Capítulo 4

El sol se filtraba a través de las persianas, dibujando líneas irregulares sobre el cuerpo desnudo de Seshat. La joven se despertó cerca del mediodía y buscó al compañero que la noche anterior había ocupado un lugar preferencial, tanto en su cama como en sí misma. ¿Para qué negarlo? Había sido uno de los mejores amantes con los que se hubiese cruzado, incluso superior a muchos demonios, sin llegar a ser perfecto. “Nadie lo es”, se dijo.

Sonrió. El gigante se había ido en silencio, y la noche le había regalado un trofeo digno de su estatura: dos horas habían bastado para que los secretos del concilio cayesen en sus manos. Se levantó y, camino a la ducha, decidió su futuro. Por el momento, Saied era el primer tema a tratar. Ese perro tendría que aprender a cuidarla a partir de ahora, y a valorar su trabajo más que el de cualquier otro informante.

Engañar era un asunto delicado, y el demonio que la había amenazado una y otra vez con bajezas y palabras fuertes poco entendía de sutilezas.

No importaba demasiado, ya que de una forma u otra lo que ella le diese a partir de ahora se valoraría en oro. Estaba segura de que su pareja había disfrutado tanto como ella del sexo, y no pasaría mucho tiempo antes de que regresase para otra sesión. Esperaba que lo hiciera, para sacarle hasta la última palabra. No era fácil encontrar una fuente de información tan confiable, segura y placentera, más allá del peligro que implicaba dormir con el enemigo.

“Sin peligro no hay premios”, pensó. Con un poco de astucia —y Seshat la tenía por demás—, podría mantener a su informante como herra-

mienta permanente. Con el tiempo, ese tipo de datos podrían incluso quitarle a Saied de encima.

Saied. Sería mejor ahora mantenerlo a cierta distancia y hacerlo esperar. Su madre siempre decía que una mujer nunca debía llegar a horario a una cita con un hombre, mucho menos si ese hombre tiene poder sobre ti.

Cansada de pensar, encendió el descomunal equipo de audio —demasiado potente para su pequeño departamento—y, mientras sonaban los primeros acordes de un tema de The Doors, entró a la ducha. El agua caliente recorría su cuerpo y el recuerdo del sexo volvió a despertar sus instintos. Al fin y al cabo, el trabajo no lo era todo en la vida.



Gabriel abrió los ojos con un bostezo. El televisor, que había quedado encendido desde la madrugada, mostraba imágenes inconexas de hambre, guerra, violencia y depresión... el noticiero era casi una publicidad del infierno. Se rascó la cabeza, como intentando acomodar sus ideas, y de un salto dejó la cama.

El sol entraba de lleno por las ventanas del departamento, una única habitación escondida en una de las viejas cúpulas de la Avenida de Mayo, cerca del Congreso Nacional.

El lugar era la pesadilla de cualquier decorador. No había rincones ni ángulos rectos, y los muebles eran escasos, pero bastaban para hacer sentir cómodo a Gabriel. Algunas fotos en blanco y negro colgaban de las paredes.

Un generoso desayuno se convirtió, por lo avanzado de la hora, en almuerzo y merienda. El lugar estaba desordenado y su vida, si bien no era un desastre, se mantenía lejos de la perfección. “Mejor olvidar los problemas y salir a caminar; pensar de más sólo entorpece las cosas”, se dijo.

La intuición lo llevó hasta La Recoleta. Cerca de las cinco de la tarde quedaron atrás los ruidos de la ciudad y se internó en el cementerio. Unos minutos en la paz de aquella necrópolis urbana podían hacer maravillas con su mal humor.

Sin levantar la cabeza, caminó entre panteones y estatuas: el día era espléndido, y fuera de los muros que separan el universo de los vivos del

de los muertos, un millar de personas disfrutaban de un sábado al aire libre.

La sensación de ser observado lo puso en alerta. Había aprendido a ocultarse entre la gente y nunca se había sentido acechado... hasta ahora.

Un par de turistas, un grupo de personas dibujando bocetos al sol, una mujer, demasiado bien vestida para pasar desapercibida, más gente, una pareja de enamorados... Nadie parecía interesarse en él más de lo habitual, lo que en la práctica significaba casi no haberlo visto. Pero la sensación de estar siendo observado seguía aguijoneándolo.

Tenía que haber una explicación, y la respuesta llegó pronto, en la mirada de un mendigo. El hombre, vestido con lo que quedaba de un pantalón gris y una campera más grande que su talla, sonrió al verlo. No era común encontrar a personas indigentes en uno de los barrios más exclusivos de Buenos Aires. La policía mantenía a "los de su clase" lejos de turistas y vecinos excéntricos.

Gabriel movió su mano siguiendo un esquema aprendido años atrás y puso atención en borrar del extraño cualquier recuerdo que lo tuviese como protagonista. El viejo lo miró, negando con la cabeza, y le hizo una seña para que lo siguiese, perdiéndose en una de las calles laterales del cementerio.

El ángel sintió que un escalofrío recorría su espalda. Sus sentidos entrenados comenzaron a buscar una explicación. Aceleró el paso y, al llegar al lugar en el que el viejo había desaparecido, distinguió una silueta a su derecha, difusa. Volvió sobre sus pasos y el mendigo, con un sonrisa, lo provocó desde el extremo de la calle.

Aquel juego casi infantil, pero cargado de peligro, se repitió un par de veces. Era como querer atrapar una sombra con las manos. Cuando creía encontrarlo, el linyera había desaparecido para reaparecer en otro extremo del cementerio, desafiando a su cordura con una mueca burlona. Gabriel perdió quince minutos en aquella frustrante cacería, hasta reconocer que era imposible atraparlo. Entonces aclaró su mente, le dio la espalda a su presa y volvió a poner el seguro en la pistola que llevaba siempre consigo.

Sin mirar atrás, dejó el cementerio y caminó por el parque, hasta perderse en el colorido de las tiendas de la feria artesanal de La Recoleta. Un sinnúmero de personas sentadas en el césped escuchaban atentas a un artista callejero, mientras el sol se perdía en el horizonte. La noche cayó sobre la ciudad con un agradable viento del oeste.

Sólo entonces un hombre mayor, vestido con harapos, se mezcló entre los paseantes pidiendo limosna. Sus ojos no perdieron de vista a Gabriel. El Proscrito sonrió y dejó en paz al muchacho; dejó caer su cuerpo entre cartones y mantas, el único hogar que había conocido en los últimos cincuenta años, e imaginó cómo el destino escribiría su próxima página.



El humo dificultaba la visión y el bar estaba repleto. Todo prometía una noche perfecta, pero Seshat supo que iba a haber problemas en cuanto vio entrar a una de sus pares, Bakare.

Pantalones ajustados, una camiseta que dejaba muy a la vista sus dotes femeninas y el tradicional flequillo que caracterizaba a los jóvenes stoners eran los sellos de un demonio que, en los últimos dos años, había ganado entre los de su clase una buena reputación como mano de obra de Saied.

Se sonaba los nudillos y en la cara se le dibujaba la expresión irónica de quien busca problemas. Una botella de cerveza era, a la vista de todos, su único acompañante.

Aburrida y sin la necesidad de esconderse de Saied, Seshat había buscado compañía en una noche porteña plagada de excesos y marginalidad.

Pero Bakare había roto toda la magia que aquel pequeño bar de Palermo Viejo podía brindarle. Era hora de irse, y aún había suficiente gente como para escabullirse y buscar un lugar más tranquilo. Bakare no la había visto. No todavía. La suerte estaba de su lado.

Seshat conocía ese bar como la palma de su mano, lo que le daba cierta ventaja para salir sin que nadie lo notase. Rodeó la barra y se perdió en el angosto pasillo que llevaba a los baños, esquivando a una docena de personas. Sin pensarlo, abrió una puerta rotulada con el inconfundible “PRIVADO”, pasó frente a un par de mozos demasiado ocupados para prestarle atención y salió a un estrecho callejón lateral. “Libre otra vez”, pensó.

Las luces no eran amigas del lugar y un farol solitario bailaba milagrosamente sobre dos cables, dibujando sombras en cada rincón. No había nadie a la vista. El suspiro de alivio se cortó de golpe con un fuerte golpe en la nuca.

Todavía estaba tumbada boca abajo, con la nariz sobre los adoquines de la calle, cuando dos manos la aferraron por los hombros y la levantaron de un tirón. Los oídos le zumbaban.

–Pero quién carajos... –no pudo terminar la frase. A centímetros de su rostro, Saied mostraba una sonrisa cariada. Una enorme cicatriz le surcaba el cuello de lado a lado. “Alguien debe haberle dado su merecido”, pensó Seshat mientras las manos del demonio la obligaban a mantenerse en puntas de pie.

–¿Cómo, nena?

–Nada... ¿Qué pasa, Saied? Te iba a llamar...

–Hmp, seguro, pendeja –siseó el demonio. La voz le raspaba la garganta con un sonido similar al de un cuchillo sobre una tostada quemada–; pero parece que esas cosas se te olvidan fácilmente y yo tengo que buscarte en estos bares de mierda. Eso está muy mal...

–Escuchame, tengo algo para vos.

Una botella vacía golpeó la cabeza de Seshat, justo a la altura de la sien. Bakare había aparecido a un costado para darle su habitual saludo. Saied siguió hablando. La sangre de Seshat comenzaba a mancharle las manos.

–Ahora escuchame bien y no te distraigas, ¿ok? No tengo una mierda de espíritu de niñera, y de lo último que tengo ganas ahora es de buscarte en estos bares de cuarta en los que te ponés en pedo todos los fines de semana. Vos tenés que estar fresquita y decirme lo que necesito, sin chistar, ¿entendés? Todavía no sos nadie, y no vas a serlo hasta que yo lo diga... Ahora, ¿qué tenés para mí?

Seshat escuchó la frase que estaba esperando.

–Información. Averigüé lo que me pediste. Lo de ayer, lo de la reunión...

Saied sonrió.

–Bien. ¿Entonces?

–Confirmé que fue anoche, en la iglesia de San Miguel, en el centro. Se reunieron todos los cazadores, pero no se habló de nada importante. Una disputa de poder, nada más.

–En San Miguel... bueno, ahí tenemos algo. ¿Y vos cómo sabés? –Saied aflojó la presión sobre sus hombros.

–No me pidas eso, es un secreto profesional...

Con algo de alcohol en sus venas, Seshat no podía mantener la boca

cerrada. Se maldijo por haber tomado tanto, más que por hablar sin pensar en las consecuencias.

Lo que quedaba de la botella en manos de Bakare golpeó esta vez el lado izquierdo de su cabeza. La visión comenzó a oscurecerse. Podía ser un desmayo, o sangre, estaba demasiado aturdida para saberlo.

Los golpes comenzaron a cobrar su precio, y las risas burlonas demostaban que aquellas bestias estaban disfrutando su trabajo.

—Escuché cosas buenas de vos, nena —dijo Saied desde lejos, cuando la golpiza parecía haber terminado—. Por eso te di una oportunidad, pero no doy muchas, ¿sabés? Seguí trabajando así, no sea cosa que esa carita linda que tenés se estropee con los mimos de nuestra amiga. —Bakare estrelló su puño contra el estómago de Seshat—. Sería una lástima...

Su cuerpo cayó al suelo como si fuese una muñeca de trapo. Una patada en las costillas fue el saludo de despedida que recibió de Bakare. La sangre comenzó a serpentear entre los adoquines mientras los pasos de los demonios se perdían en la noche. Un par de chicos se asomaron al callejón, pero no tuvieron el valor de ayudarla. “Mejor así”, pensó. No tenía intenciones de encontrar compañía.

Intentó levantarse, pero el dolor la convenció de tomarse un tiempo ante semejante aventura. Entonces notó algo bajo su codo. Sin moverse más allá de lo estrictamente necesario, siguió con los dedos la forma del objeto y descubrió el pico de una botella rota. Tuvo ganas de reír, pero le dolía demasiado el cuerpo. “¿No querías emociones, boluda? Bueno, ahí las tenés”, pensó antes de desmayarse.